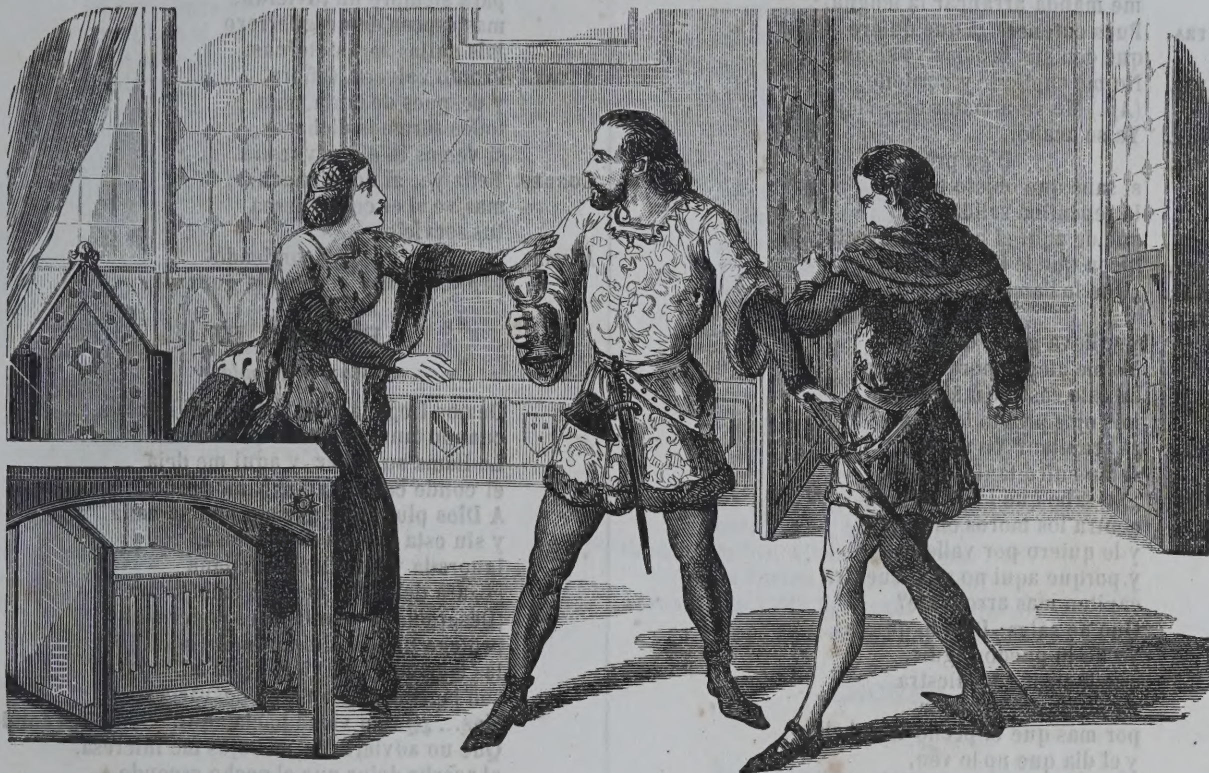
CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGA 69.

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES.



# LA BANDA DE LA CONDESA,

DRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

DON ANTONIO CORTIJO Y VALDÉS

Representado con aplauso en Madrid, en el teatro de la Cruz.

A los señores D. Antonio Valdés y D. Alejandro Sampedro,
en prueba de cariño,

EL AUTOR.

REPARTO.

| | |
|---|---|
| LA CONDESA | SRA. BAUS. |
| MARIA | SRA. SCAPA. |
| EL CONDE | SR. TAMAYO. |
| EL CAPITAN MENDOZA | SR. FUENTES. |
| MEN FORTUN (doncel del conde) | SR. RODRIGO. |
| ALVAR | SR. ARJONA. |
| PETRA | SRA. SANCHEZ. |

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon del castillo del conde Fernan Nuñez, en las inmediaciones de Toro. Al descorrerse el telon aparecen Alvar y Petra arreglando los muebles.

### ESCENA PRIMERA.

ALVAR, PETRA.

ALVAR. Vamos, dueña, no se enfade:
miren que es mucha rareza.
¿No puede un hombre pensar
lo que le dé gana y quiera?
PETRA. No puede, no: y esas cosas
mucho menos.
ALVAR. ¡Pues es buena!
PETRA. ¿Quién dice que la señora?...
ALVAR. ¿Y quién sino su torpeza,
confunde lo que yo digo?
Aunque el ama no le quiera,
lo que es él, se lo aseguro,
los vientos bebe por ella.
PETRA. Por Dios que así no murmure:
bien seguro que no piensa
en tal cosa ese mancebo.
ALVAR. Yo repito que sí, dueña.
Siempre siguiendo sus pasos...
PETRA. ¡Ay! ¡si el conde se lo oyera!
ALVAR. ¡El conde! (*Ap.*) ¡Bueno sería!—
Si fué broma... (*Ap.*) ¡Santa Tecla!

tiene razon; si me escucha,
me manda arrancar la lengua.

PETRA. Pues entonces ¿á qué quiere
que con sus bromas yo sienta?

ALVAR. No me suplique y perdone.
(*Ap.*) Me va á matar esta vieja.

PETRA. Ya se acabó.

ALVAR. Diga pronto,
si sabe que objeto tenga
la repentina salida
que de aquí el conde proyecta.

PETRA. Dicen que le llama el rey.

ALVAR. ¿Que le llama?

PETRA. Con gran priesa;
y se lleva gente de armas.
Yo me alegro porque fuera
de este castillo á Mendoza
mis ojos pronto le vean.

ALVAR. ¿Al capitan? Yo no sé
como sufro tanto, dueña.
¿No sabe que le he servido
contra los moros en guerra,
y le quiero por valiente,
y porque aquí no se encuentra
capitan mas arrogante?
Que no salga: Dios lo quiera:
yo no le puedo seguir,
que la tizona mi diestra
ya no puede manejar
por mas que el pecho lo anhela;
y el dia que no le veo,
no está mi alma satisfecha.

PETRA. ¡Como tiene tan buen genio!
¡Siempre regañando!

ALVAR. Petra,
así son los hombres: bravos.
Yo le he visto en la pelea
dar cada tajo...

PETRA. ¡Jesus!

ALVAR. El recordarlo me alegra;
ya soy viejo, y de mis glorias
los recuerdos solo quedan.
¡Ojalá que con el conde
no se marche!

PETRA. ¡Bueno fuera!
Pues ¿no dice que es valiente?

ALVAR. Sí, sí: que al conde defienda;
seguro estoy que su vida
no peligra si se encuentra
á su lado el capitan,
aunque el diablo contra él venga.
Pero todo está arreglado,
y se acerca la condesa.

PETRA. ¡Oh! ¡qué triste!

ALVAR. Vamos, vamos,
idos sin tardanza, dueña.—
Mi señora...

## ESCENA II.

ALVAR, *la* CONDESA.

CONDES. Dios te guarde.

ALVAR. (*Ap.*) ¡Siempre tan amable y buena!

CONDES. ¿Qué dijiste?

ALVAR. Que por veros
feliz, alegre y contenta,
los pocos años de vida
que el cielo me guarda, diera.

CONDES. Ojalá que mi amargura
y mi constante tristeza
al volver el noble conde
para siempre fin tuvieran;
mas esposa de un guerrero
mis cuitas serán eternas.

ALVAR. Pronto volverá, señora,
y despues de tanta pena
todos seremos dichosos,
si vemos la dicha vuestra.

CONDES. Feliz yo, si no te engañas;
mas ve si el conde desea
tus servicios.

ALVAR. Voy corriendo.
(*Ap.*) ¡Maldiga el cielo la guerra!

## ESCENA III.

CONDESA, *sola.*

Demos treguas al dolor: ¡de mí se aleja,
cuando tanto le adora el alma mia!
Le llama su deber, y aquí me deja
el conde con mi amor y mi agonía.
A Dios pluguiera que sin pompa vana
y sin esta corona de condesa,
ignorada y humilde castellana
gozara del amor que me embelesa.
¡Desgraciada de mí! ¡Dios poderoso!
protege tú en la lid al dueño mio...
las lágrimas que vierto por mi esposo
son lágrimas de amante desvarío.—
Mas... ¿Quién viene hácia aquí? ¡Si será el conde!
Que no advierta en mis ojos me interesa,
el acerbo dolor que el pecho esconde.—
Mas no, no: es el doncel...

## ESCENA IV.

CONDESA, MEN FORTUN.

FORTUN. Salud, condesa.

CONDES. Bien venido el doncel sea.

FORTUN. ¿Por qué sola y retirada,
siempre al dolor entregada
mi señora estar desea?

CONDES. ¿Tardará el conde en partir?

FORTUN. (*Ap.*) ¡Cuánto le ama!

CONDES. Dí, doncel.

FORTUN. Preparado está el corcel,
debe muy pronto salir.—
¿Por qué os turbais?

CONDES. Me devora
un cruel presentimiento.—
¿Vas tú con él?

FORTUN. (*Ap.*) ¡Qué tormento!—
Aquí me quedo, señora,
que aunque yo laurel anhelo,
y laurel la guerra da,
en estos sitios está
lo que amo mas que él, mi cielo.

CONDES. ¿Sientes tú de amor la llama?
¡Comprenderás mi dolor!

FORTUN. Mi delicia es el amor,
y el amor mi pecho inflama.
Por él vivo solamente,
desque fijó, no os asombre,
en mi corazon un nombre,
y una ilusion en mi mente.
Ilusion tan adorada,
que ella es mi vida, mi ser.

CONDES. Mucho debes padecer,
si estás léjos de tu amada.

FORTUN. ¿Léjos?—Sí, teneis razon;

léjos, muy léjos está;
tal vez nunca escuchará
como late el corazon.
A su lado noche y dia
puedo estar si lo deseo;
y aunque tan cerca la veo...
¡léjos está todavia!
¡Oh! condesa... es un tormento
que lentamente me abrasa:
ignoro lo que me pasa,
y hasta ignoro lo que siento.
¿Comprendeis lo que es sufrir?
Decid: ¿hay pena mayor
que vivir por el amor,
y por el amor morir?
¿No es verdad que es horroroso
vivir sin ventura amando,
y estar la dicha tocando,
y no hallar nunca reposo?—
¡Oh! comprended mi amargura;
y si dicha no me dais,
sepa al menos... que llorais,
como yo, mi desventura.

CONDES. ¡Doncel!

FORTUN. Lo dije... y me pesa:
mas para tanto penar
no hay mas bien que desear
el llanto vuestro, condesa.

## ESCENA V.

*Dichos, ALVAR.*

ALVAR. Señor, el conde os espera.

CONDES. Id, doncel.

FORTUN. Al punto voy.
(*Ap.*) Cada vez mas loco estoy,
¡y ella está mas hechicera! (*Vase.*)

## ESCENA VI.

*Dichos, menos MEN FORTUN.*

ALVAR. (*Ap.*) Está la condesa triste.

CONDES. Buen Alvar, ¿qué sentimiento
ha turbado tu alegria?
¡Todos estamos de duelo!
Vamos, ¿dime: qué tristeza?...

ALVAR. ¡Yo tristeza! ni por pienso:
si me encuentro junto á vos,
alegre siempre me encuentro.
(*Ap.*) ¡Diablos! me lo ha conocido.—
Señora, sin cumplimientos,
no me gusta, y perdonad,
como soy soldado viejo...

CONDES. ¿Quién, Alvar?

ALVAR. ¿Quién? Ese jóven.

CONDES. ¿El doncel?

ALVAR. Sí, que recuerdo
haberle visto en el campo
lidiando por Juan el Tuerto;
y aunque en pro nuestro combate,
yo ni por esas le quiero,
que quien vendió á su señor,
no reparará en vendernos.

CONDES. ¡Oh! ¿Qué dices?

ALVAR. La verdad;
perdonad al pobre viejo:
pero en su rostro, señora,
muchísimo malo advierto.
Y ¿qué mas quereis que os diga?
todo de Fortun lo temo.
El conde le quiere mucho,
y aunque bastante lo siento,
resignarnos es forzoso
á verle, aunque no á quererlo.
Él, que juró una bandera,
y olvidó sus juramentos
volviendo al infante el rostro,
con el conde hará lo mesmo.

CONDES. Era muy jóven Fortun
cuando sirvió á Juan el Tuerto;
pero al fin se arrepintió,
y su engaño conociendo,
juró con el noble conde
por monarca á Alfonso onceno.
Desecha, pues, esa idea.

ALVAR. Por mas que digais, no puedo;
que bien conozco, señora,
que puro el corazon vuestro,
nunca la maldad sospecha,
porque es generoso y bueno.
Yo quisiera equivocarme;
pero en fin, allá veremos.

CONDES. Adios, Alvar: nada temas
de Fortun, yo te lo ruego.

ALVAR. (*Ap.*) ¡Me lo ruega! será que...
pero no...—Guárdeos el cielo. (*Vase la condesa*)

## ESCENA VII.

*ALVAR, solo.*

Tendrá razon; mas con todo
de Men Fortun mal sospecho.
Si será que...—¡Vuelta al tema!
¡mal haya mi pensamiento!
siempre malicioso...—Alvar,
en otra cosa pensemos.—
Pero, ¿sois vos, capitan?
(*Ap.*) ¡Al reclamo! ¡es lo mas diestro!

## ESCENA VIII.

*Dicho, el CAPITAN MENDOZA.*

CAPITAN. Yo soy, ¿por qué mi venida
te sorprende?

ALVAR. Capitan,
es tanto al veros mi afan,
que temo perder la vida.

CAPITAN. Gracias, mi fiel ballestero.

ALVAR. Sí, muy fiel: teneis razon,
porque tengo un corazon
de noble, no de pechero.
Y nunca olvidar podré
que he recibido de vos
la vida despues de Dios.

CAPITAN. Cuando yo te la salvé,
con mi obligacion cumplí;
pues no la hubiera salvado
si no me hubieras librado
de la muerte antes á mí.

ALVAR. Con que ¿vos no lo olvidais?

CAPITAN. No olvidarlo deber es.

ALVAR. Dejad que os bese los piés,
y hasta el polvo que pisais.
¿Quién los servicios no olvida
que presta un pobre soldado?
¿Vos no lo habeis olvidado?...
Diéraos por ello mi vida.

CAPITAN. Levanta, dame esa mano:
tu honradez no tiene igual.

ALVAR. ¡Otro favor! voto á tal...

jóven volveis al anciano.
Dejad que otra vez la bese:
no diera yo este momento
por un mundo, así lo siento,
aunque al mismo infierno pese.—
Con que ¿os marchais?

CAPITAN. Puede ser
que no tarde una hora, Alvar.

ALVAR. No lo digais, el pesar...

CAPITAN. Seguir al conde es deber
mio.

ALVAR. Ya lo sé.

CAPITAN. La guerra
ha tomado tanto vuelo,
que sino la libra el cielo,
quizá asole nuestra tierra.

ALVAR. ¿Y son los moros?...

CAPITAN. No, Alvar,
es el infante ambicioso
el que nos turba el reposo;
no se cansa de lidiar.
Si el rey quisiera, de cierto
castigara su maldad;
pero su mucha bondad
aliento da á Juan el Tuerto.—
Yo no sé con que intencion
llama al conde Alfonso onceno.

ALVAR. Que no es para nada bueno
me anuncia mi corazon.

CAPITAN. Acaso no: mas ¿quién sabe?
El conde está decidido,
y á Toro irá.

ALVAR. Siempre ha sido
parcial de Alfonso.

CAPITAN. No cabe
en un hidalgo otra cosa;
y si el conde así no fuera
¡vive Dios, que no sirviera
en su hueste valerosa!
Que ser siempre fiel al rey
y su trono defender,
para un noble debe ser
acatada y justa ley.

ALVAR. Os escucho embelesado:
yo no sé lo que me pasa,
y solo sé que me abrasa
vuestro acento de soldado.
Mas tengo que hacer, señor;
dadme otra vez vuestra mano.

CAPITAN. Tómala, sí, bravo anciano.

ALVAR. Me inflama con su calor. (*Vase.*)

## ESCENA IX.

*El* CAPITAN, *solo.*

¡Dichoso Alvar! no conoce
mas placer que sus recuerdos,
y su corazon tan solo
ha sentido el ardimiento,
el valor: feliz ha sido
si nunca latió su pecho
por el amor abrasado,
y en redes de amor opreso.—
Mas, aquí viene María;
¡cuánto hoy al verla padezco!

## ESCENA X.

*Dicho*, MARÍA.

MARÍA. ¿Me esperabais, capitan?
Sin quererlo me he tardado.

CAPITAN. Siempre tardais á mi afan.

MARÍA. Sois mas que bravo, galan.

CAPITAN. Y mas que eso, enamorado.

MARÍA. Solo así fuera dichosa:
lo confieso sin rubor.

CAPITAN. Mi alma os escucha gozosa.

MARÍA. Capitan, pago amorosa
vuestros acentos de amor.

CAPITAN. Me pagais de tal manera
que al escucharos, María,
daros el alma quisiera,
por esa voz hechicera
que causa la dicha mia.

MARÍA. Con que ¡tanto me adorais!

CAPITAN. Mas de lo que vos creeis.

MARÍA. ¡De verdad!

CAPITAN. ¿Y lo dudais?

MARÍA. A veces...

CAPITAN. ¡Cómo!

MARÍA. ¿Os marchais?

CAPITAN. Sí, amor mio.

MARÍA. ¿No lo veis?

CAPITAN. No os comprendo por quien soy.

MARÍA. Fácil es de comprender.

CAPITAN. No por Dios.

MARÍA. Sí.

CAPITAN. ¡Loco estoy!
Incomprensible estais hoy.

MARÍA. Para vos.

CAPITAN. ¿Y qué he de hacer?
Vuestro misterio me ofende.

MARÍA. Mas á mí vuestra franqueza.

CAPITAN. La cabeza se me enciende.

MARÍA. Castigadla sino entiende.

CAPITAN. ¡Bien tirana es la belleza!

MARÍA. ¿Os vais al fin?

CAPITAN. Sí, María.

MARÍA. Capitan, ¿no comprendeis
lo que quiero todavía?

CAPITAN. ¿Qué me marche?

MARÍA. No á fe mia.

CAPITAN. ¿Que me quede?

MARÍA. Que os quedeis.

CAPITAN. ¿Cómo os tengo de entender?

MARÍA. Si es tan grande vuestro amor...

CAPITAN. Cual nunca le pudo haber;
mas vos no podeis querer
que duden de mi valor.

MARÍA. ¿Vos de las lides la palma
mas que todo lo anhelais?
Id con Dios, dejadme en calma.

CAPITAN. Sí, partiré, mas el alma
os dejo.

MARÍA. ¿Me la dejais?

CAPITAN. ¿No la quereis?

MARÍA. ¡No por Dios!

CAPITAN. ¿Qué decís?

MARÍA. Que os la lleveis.

CAPITAN. No os entiendo.

MARÍA. Ni yo á vos.

CAPITAN. Locos estamos los dos.

MARÍA. Vos, Mendoza, lo estareis.

CAPITAN. Escuchad por compasion;
yo á convencerme no acierto
de que vos tengais razon
para herir mi corazon
de ese modo...

MARÍA. Pues es cierto,
y tengo razon sobrada;

¿por qué os marchais? ¿no me veis?...
CAPITAN. Misteriosa y enojada.
MARÍA. No, con el alma angustiada;
vedlo, si en ella leeis,
capitan, á mi pesar.
Marchaos: es vuestro deber,
y no debeis á él faltar
aunque el llanto y suspirar
viendo esteis de una mujer.
CAPITAN. Dios me de fuerzas, señora.
¿Quién lo puede evitar?
MARÍA. Yo.
CAPITAN. ¿De qué manera?
MARÍA. No es hora.—
¿Consentís?
CAPITAN. ¡Oh! seductora
mujer...
MARÍA. ¿Me direis que no?
CAPITAN. Evitadlo si podeis.
MARÍA. ¡Oh! sí, sí: lo evitaré.
CAPITAN. Mas ¿cómo conseguireis?...
MARÍA. Capitan, ya lo vereis.
CAPITAN. ¿Estais contenta?
MARÍA. Sí, á fe.—
Pero viene la condesa;
dejadme con ella hablar.
Id, hasta luego; daos priesa.
CAPITAN. Oid, María...
MARÍA. ¡Qué! ¿os pesa?
CAPITAN. (*Ap.*) ¡Ser esclavo! ¡esto es amar!

## ESCENA XI.

MARÍA, *la* CONDESA.

CONDES. Nada puede distraerme;
todo aumenta mi dolor.
Pero ¿tú aquí, prima mia?
MARÍA. Sí, que esperándote estoy.
¡No sabes lo que padezco!
CONDES. No adivino la razon.
MARÍA. Sabes que tímida he sido
eternamente, Leonor.
CONDES. ¿Y por qué me dices eso?
MARÍA. ¿No me comprendes?
CONDES. Yo no.
MARÍA. ¿Se va el conde en esta noche?
CONDES. Sí, muy pronto.
MARÍA. ¡Qué afliccion!
solas en este castillo,
dí, ¿qué será de las dos?
—Todas las tropas se lleva
del rey don Alfonso en pro,
y el peligro no conoce
en que nos deja, Leonor.
CONDES. ¡Peligro! No sé, María...
MARÍA. Y muy grande, sí por Dios:
si del rey los enemigos
saben que aquí nos dejó
para ayudarle en la guerra...
CONDES. María, tienes razon;
pero ¿cómo hemos de hacer?
MARÍA. Eso quiero decir yo.
Con el capitan Mendoza,
(pues conoces su valor),
y algunos soldados mas,
no temiera el corazon.
CONDES Pues bien, se lo diré al conde:
yo tambien tengo temor...
MARÍA. ¿Y alcanzarás?
CONDES. Sí, María,
que tan justa pretension
el conde concederá.
Pero ¿no es esa su voz?
¡Oh! déjanos solos, prima.
MARÍA. Mas no olvides por favor...
CONDES. Descuida, se lo diré.
MARÍA. Pero Mendoza...
CONDES. Sí. Adios.
MARÍA. (*Ap.*) ¡Oh! ya lo veis, capitan.
¿Qué no consigue el amor? (*Vase.*)

## ESCENA XII.

*La* CONDESA, *el* CONDE.

CONDES. ¡Fernan Nuñez!...
CONDE. Condesa...
CONDES. ¡Con que vais á partir! ¡qué desconsuelo!
CONDE. Honor me manda tan sagrada empresa,
y la voz del honor es voz del cielo.
Mas antes de partir quiero abrazarte
y respirar tu perfumado aliento;
no se cansan mis ojos de mirarte,
que tengo un corazon para adorarte,
como el águila altiva al raudo viento.
Encanto de mi amor, tu pecho hermoso
¿no siente al escuchar mi voz amante
que en tu seno se fija candoroso,
el temblor del capullo que oloroso,
recibe el beso de la brisa errante?
CONDES. Sí, Fernan Nuñez, sí: mi alma enloquece
al escuchar tu apasionado acento,
que un mundo de placer mágico ofrece,
y embriagada de amor... ¡Ay! me parece
que se abre ante mi vista el firmamento.
Por eso de mis ojos desprendida
una lágrima corre de amargura,
hija triste de triste despedida;
que el verte, conde, para mí es la vida,
y ya voy á perder esa ventura.
CONDE. Pronto, bella Leonor, vendré á tu lado
volando en alas de mi amor ardiente
de laureles y mirtos coronado,
á poner mas que nunca enamorado
un mirto y un laurel sobre tu frente.
CONDES. ¡Un mirto y un laurel! guirnalda hermosa
que cien ayes y cien, mal comprimidos,
habrá costado á tu infeliz esposa.
¡Un mirto y un laurel! prenda amorosa
que arranca al corazon tantos gemidos.
CONDE. Que no lleve tus lágrimas amargas
hiriendo el corazon en la pelea:
cesa pues de llorar, Leonor querida;
serenos otra vez tus ojos vea.
Brille tu frente despejada y pura,
gloria del corazon, del alma gloria:
oiga tu acento como siempre hermoso.
mas grato para mí que la victoria.
CONDES. Sí, sí: Fernan, tu honor es lo primero:
no te cuides de mí; el clarin te llama;
valiente caballero
asombra al mundo con tu heróica fama.
¿No lo ves? ya mi frente está serena:
me ha devuelto tu voz la dulce calma;
y de pesar ajena,
tu gloria mas que todo anhela el alma.
¿Estás contento ya? ¡Te adoro tanto!
Olvida para siempre mi amargura;
mi bien y mi ventura
es tu bien nada mas; se acabó el llanto.
CONDE. Leonor, Leonor querida,

vuélvemelo á decir, mi pecho inflamas:
yo le siento latir con doble vida;
repítelo otra vez, dí que me amas.

CONDES. ¡Si, te amo! no es amor, es un delirio:
delirio inesplicable,
en lo inmenso tan solo comparable,
de que tú no me amaras, al martirio.

CONDE. ¡Oh! ¡mujer celestial, bendita seas!
yo tambien como tú de amor deliro.—
Encanto de mi vida, ¿qué deseas?

CONDES. Con tu amor nada mas feliz me miro.—
Mas, ¡ah! no sé... confusas las ideas...
tenia que rogarte...—¡Ah! que Mendoza
se quede en el castillo: tengo miedo:
tus rivales sabrán que sola quedo,
nombre de bravo en la comarca goza,
y tranquila sin él estar no puedo.

CONDE. Aquí se quedará, no temas nada;
que de su gente y su valor cercada,
mas segura estarás, yo te lo abono,
que el mismo rey en el escelso trono.
Mas tengo que dejarte; la hora llega,
y es forzoso partir.

CONDES. Adios, Fernando.

CONDE. Si el hado á mi valor la palma niega,
al cielo santo por tu esposo ruega. (*Vase.*)

CONDES. Acaso por los dos están rogando.

## ESCENA XIII.

*La* CONDESA.

¡Oh! ya partió... ¡Dios mio!
vuelva á mis ojos el acerbo llanto.
Ya no puede enfrenar su heróico brio...
Sed, lágrimas dolientes,
bálsamo al corazon que sufre tanto.
Mil suspiros ardientes
vagarán en mi lúgubre morada;
de luto y de afliccion siempre cercada,
á solas pasaré la noche oscura,
sin que la luz del sol ni el claro dia
mitiguen un momento la amargura
que devora incesante el alma mia.
—Pero ¿quién es?

## ESCENA XIV.

*La* CONDESA, MEN FORTUN.

FORTUN. Señora...

CONDES. ¡Men Fortun, Men Fortun! ¿partió ya el conde?

FORTUN. Yo le he visto partir.

CONDES. ¿Y qué?

FORTUN. Contento;
seguido de su gente vencedora,
ligero como el viento.

CONDES. ¿Contento?

FORTUN. ¿Qué os sorprende?
En su rostro brillaba la alegría,
y el placer en sus ojos encendidos;
que el silencio y la paz mucho le ofende,
y le placen los bélicos sonidos.

CONDES. ¡Oh! no lo digas, no: Fernando siente
alejarse de mí; yo su ventura,
mi amor es su esperanza solamente;
y aunque alarde él hiciera de bravura,
es que la herida de su pecho ardiente
velar al mundo con afan procura.

FORTUN. ¡Tanto le amais!

CONDES. Sí, mucho.

FORTUN. ¡Oh! tened compasion, y ved, señora,
los acerbos dolores con que lucho.

CONDES. No comprendo, Fortun...

FORTUN. Encantadora,
sublime y celestial os he mirado.
y con pasion ardiente,
frenético, condesa, os he adorado,
y amor y solo amor el alma siente.

CONDES. ¡No lo acierto á creer! en tus miradas
la infame alevosía, el crimen leo:
aun resuenan del conde las pisadas,
el eco de su voz aquí resuena,
y ultrajarle atrevido yo te veo.
De justa indignacion el alma llena
castigarte debiera con encono;
pero ha sido un delirio de tu mente,
y por loco, Fortun, te le perdono;
aléjate de aquí, mi enojo siente.

FORTUN. ¡Alejarme de vos! ¡Oh! nunca, nunca:
escuchadme, condesa; ¿no sabeis?...
la paz del corazon, dicha, esperanza,
todo el amor en la existencia trunca,
inclinando á su lado la balanza.
Disipad si podeis,
el mundo de ilusiones que aquí siento:
al pecho amante devolved la calma;
y sin esta pasion, que es mi tormento,
respeto y nada mas os tendrá el alma.—
El destino por siempre me ha negado
la muerte que en la lid el bueno alcanza,
aunque alegre y con fé yo la he buscado,
como busca el marino de bonanza
una estrella en el mar alborotado.
El retiro, la córte, nada, nada
me separa de vos; en mi memoria
os veo á mi pesar siempre encantada;
y es en vano luchar, noble condesa,
vuestro amor es mi gloria,
y á mi vida sin él, todo le pesa.

CONDES. ¡Oh! ¡calla! ¡calla! en tu incesante vuelo,
águila altiva, y tu arrogancia estrema,
te quieres levantar al alto cielo,
sin ver que el rojo sol tus alas quema.

FORTUN. Condesa, meditad...

CONDES. Lo he meditado:
mi enojo y mi desprecio es tu esperanza.

FORTUN. ¡Escuchad por favor!...

CONDES. ¡Nunca, menguado! (*Vase.*)

FORTUN. ¡Desprecia mi pasion! ¡Cielos! ¡venganza!

CAE EL TELON.

---

# ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

## ESCENA I.

*El* CAPITAN MENDOZA, ALVAR.

CAPITAN. ¿Viste anoche á la condesa?

ALVAR. No, señor: es un misterio
todo lo que pasa aquí,
que yo comprender no puedo.

CAPITAN. Ni yo, por mas que me afano,
acabo de comprenderlo.
El conde loco la amaba
cuando á las lides partiendo,
me encargó en este castillo
guardar su tesoro inmenso;
y por sus mejillas vi

una lágrima corriendo,
cuando al despedirse, dijo:
—«A tu espada y tu denuedo,
»capitan, mi fe confia
»lo que en el mundo mas quiero.»—
De amarga ausencia pasaron
pocos dias, y no acierto
porque al volver al castillo
la trata con tanto ceño...
Has dicho bien, lo que pasa
es un horrible misterio,
que yo descubrir quisiera
aun mi cabeza esponiendo:
mas del carácter del conde,
como el huracan violento,
alguna triste desgracia
vive Dios, Alvar, que temo.

ALVAR. Si en la córte habrá tenido...

CAPITAN. ¡Qué locura! ni por pienso;
el infante á Toro vino,
y el monarca justiciero
la muerte le dió, librando
de aquel tigre á nuestro suelo;
por eso el conde debia,
al volverse, mas contento
gozar con su noble esposa
de la paz que nos da el cielo.
Cuando hace poco le hablé,
asaz se mostró severo;
y en sus ojos advertí
yo no sé qué de siniestro:
entre sus labios vagaba
la sonrisa del infierno;
y volviendo el rostro, dijo:
salid, capitan; muy presto
de la justicia dèl conde
quedareis bien satisfecho.—
Y estas terribles palabras
aquí clavadas las tengo,
y en un mar de confusiones
meditabundo me pierdo.

ALVAR. Pues no hay duda, capitan,
que es buen agradecimiento,
despues que vos por su esposa
la vida audaz esponiendo
á su vista os presentais,
trataros con tal despego.

CAPITAN. Él no sabe lo que hice,
ni yo que lo sepa quiero:
que lo que hice por su esposa,
por cualquiera hubiese hecho.

ALVAR. ¡Siempre sois tan generoso,
capitan, siempre tan bueno!
—Pero ¡qué apurada estuvo!
¡Oh! ¡acordándolo tiemblo!
—Los caballos disparados
por la tormenta y los truenos;
la noble condesa, sola,
ó conmigo, que es lo mesmo,
porque en un árbol subido
solo llamaba á los perros,
y la bocina tocaba
por llamar á los monteros;
enfrente de ella la fiera
ensangrentada rugiendo,
y la condesa temblando
con los ojos en el cielo...
Furiosa la fiera avanza;
y en el mismo instante, el viento
á sus entrañas zumbando
la trajo el venablo vuestro.
Entonces os vi llegar,
al potro el ijar hiriendo,
sobre sus crines tendido,
los ojos brotando fuego:
la condesa alborozada,
su salvador os diciendo,
vuestro pecho adornó al punto
con la banda de su pecho:
yo tambien os di un abrazo,
y—¡viva!—todos dijeron.

CAPITAN. ¡Calla por Dios! no me traigas
á la mente ese recuerdo.

ALVAR. Solo el doncel, capitan,
no gozó en aquel momento.
¿Os acordais de sus ojos?
Con la rica banda al veros,
ardientes chispas brotaban,
señal de envidia y despecho.

CAPITAN. Tienes razon: desde entonces
no sé lo que en él advierto.

ALVAR. Mucho de malo, señor;
tened siempre de él recelos,
porque ó yo me he vuelto loco,
ó Men Fortun se lo ha vuelto;
y como ama á la condesa
tan osado y descompuesto,
piensa que vos...

CAPITAN. ¡Él amarla!
malicioso como viejo.

ALVAR. Vaya: que Dios me perdone
estos malos pensamientos;
lo conozco; algunas veces
soy malicioso, y...

CAPITAN. Muy necio.

ALVAR. (*Ap.*) Vámonos fuera: parece
que no es el humor muy bueno.—
Capitan, ¿qué me mandais?

CAPITAN. Que te marches.

ALVAR. Al momento. (*Vase.*)

## ESCENA II.

*El* CAPITAN MENDOZA.

Pronto llegará María:
ojalá que su hermosura
mitigue la pena mia,
y estas horas de amargura
trueque en horas de alegría.
¡Oh! ¡condesa desgraciada!
si la fuerza de mi espada
puede aliviar tu tormento,
dilo pronto, que tu acento
será ley por mí acatada.

## ESCENA III.

*El* CAPITAN MENDOZA, MARÍA.

MARÍA. Capitan...

CAPITAN. Encanto mio...
¿Por qué tan triste?

MARÍA. No sé.

CAPITAN. La condesa...

MARÍA. No pensé
del conde tal desvarío.
En largo dolor sumida
la infelice triste llora;
que es un tormento su vida
sin el hombre en quien adora.
Y cuando ella le esperaba

sufriendo en afan contino,
¡ay! cruel la reservaba
tanto penar el destino.
El conde la rechazó
de sus brazos iracundo,
y sus lágrimas no vió,
ni vió su dolor profundo.

CAPITAN. Pero ¿qué motivo tuvo?...

MARÍA. Capitan, nadie lo sabe.

CAPITAN. Ligero el buen conde estuvo,
que en ella maldad no cabe.
Mas no debeis vos llorar.

MARÍA. Y cuando la oigo gemir,
¿podré yo mas que penar
y que con ella sufrir?

CAPITAN. ¡Oh! no perdais la esperanza;
como lo sufro no sé:
mi esfuerzo todo lo alcanza;
si es preciso venceré.
Yo la he visto pura y bella,
y á no adoraros, María,
os juro por Dios que á ella
con pasion la adoraria.
La verdad: no tengais celos;
yo no puedo amar á dos,
pero bien saben los cielos
que es tan pura como vos.
Mas ya veis: yo me estravio,
verla dichosa quisiera,
Dios puso en el pecho mio
el bronce junto á la cera.

MARÍA. Solo vos la conoceis;
todos huyen de su lado:
solo vos la defendeis,
solo vos no sois menguado.
Villanos aduladores
de su esposo en la presencia,
por conquistar sus favores
aun dudan de su inocencia.

CAPITAN. Callad, el pecho se abrasa
por la cólera indignado:
¡esto entre los hombres pasa!
¡Hay aquí tanto malvado!
Id, consoladla, María;
y juradla por mi fe,
que es suya la vida mia
y por ella la daré.
(*El conde, que se acerca, se detiene al paño oyendo hasta el fin de esta escena.*)

MARÍA. Adios pues.

CAPITAN. Que deje el lloro;
que en Dios y en mi brazo fie,
y entregadla este tesoro (*La da un anillo.*)
porque mas en mí confie.
Al espirar me le dió
mi madre bañada en llanto;
y pues tanto me costó,
por él lidiaré yo tanto.
Y si loco en su camino
la trata el conde altanero,
que apele al juicio divino,
yo seré su caballero.

MARÍA. Bien, Mendoza: le diré...

CAPITAN. No será mi oferta vana;
¿cuándo á veros volveré?
¿esta noche?

MARÍA. No, mañana. (*Vanse por lados distintos.*)

## ESCENA IV.

*El* CONDE, *solo.*

¡Juicio de Dios! ¡Ja, ja!
¿De qué la sirve tu traidor acero?
El cielo á la condesa juzgó ya,
y la mancha del conde lavará
con sangre el caballero.
¡Fortun, Fortun!

## ESCENA V.

*El* CONDE, MEN FORTUN.

FORTUN. Señor...

CONDE. Ven á mi lado, ven: no me has mentido;
la historia pura de mi limpio honor
tiene una mancha que lavar te juro.

FORTUN. Con la sangre no mas del fementido
vuestro honor quedará sin manchas puro.
Pero acaso, señor, el tierno llanto,
los suspiros podrán de la condesa
mitigar ese ardor que os honra tanto,
y en medio os detendrán de vuestra empresa.

CONDE. ¡Detenerme, Fortun! te has engañado:
¿los suspiros? Jamás. ¿No me conoces?
La venganza es el bien que me ha quedado;
ya no tengo en el mundo otra esperanza,
ni yo escucho sonar aquí otras voces,
que sangre y que venganza.
Es verdad, Men Fortun, yo la adoraba,
y loco presumia
que mi amor con su amor tierna pagaba,
y era el Eden de la existencia mia.
Muchas veces en medio á sus caricias
vi vagar una sombra de tristeza,
¡y mi frente con lágrimas bañaba,
y sus lágrimas eran mis delicias!
Tesoro de terneza,
sus lágrimas amaba.
Aquel llanto, Fortun, era abrasado:
voraz remordimiento
prensaba el corazon, que avergonzado,
comprimido latia,
señal de su perfidia y su tormento,
y del negro baldon de la honra mia.
¿No le has visto salir? En su locura
la ofrece de su brazo la pujanza.

FORTUN. Por mi lado pasó de orgullo lleno,
y en su rostro vi escrita la esperanza.
Velando en vuestra ausencia, (ya os lo he dicho),
el amor sorprendí que os ultrajaba.
Vuestro honor, Fernan Nuñez, es el mio,
y el silencio con vos me mancillaba.
Cumplí con mi deber, y solo temo...
no ofenderos, señor: quizá en mal hora
con amoroso estremo
llegará la condesa; encantadora
hará en vos renacer con blando acento
de nuevas ilusiones
fantástico raudal, de pena exento:
y su voz, su mirada,
la luz fascinadora de sus ojos,
el brillo de su frente nacarada,
arrastrarán el alma por despojos
cual siempre enamorada,
denso velo tendiendo en la memoria:
y traidor al doncel llameis acaso,
y otra vez la condesa vuestra gloria,
su pureza y amor no tendrá ocaso.
Pero entonces, señor... no lo olvideis:

la prez de vuestros inclitos abuelos
manchada quedará.
Y en vano es que la paz luego busqueis;
su maldicion resonará en los cielos,
terrible en vuestro pecho sonará.

CONDE. Ten la lengua, Fortun... ¡Oh! no prosigas:
si no quieres morir, nunca lo digas.
¡Sus lágrimas! ¿Qué son?
Padron de infamia que en sus ojos brilla;
de mi nombre baldon.
Para el cobarde que mi honor mancilla,
para la torpe esposa, al cielo plugo
dar al conde Fernan una cuchilla,
y corazon de hierro á su verdugo.
Pero quiero estar solo, yo me abraso,
aléjate, Fortun; aquí en la mente,
algo siento de horrible que me pesa,
una sombra infernal tengo presente;
por do quiera que voy, me sale al paso,
y con su luz el corazon me espanta.

FORTUN. (*Ap.*) ¡Te perdiste, condesa;
la sombra de los celos se levanta!

## ESCENA VI.

*El* CONDE.

¡La ilusion! ¡el placer! todo mentira.
¡Y tú fuiste, Leonor! ¡tú, mi esperanza!...
Aun tu recuerdo en mi memoria gira...
Por ti blandiendo la robusta lanza
laurel en los combates adquiria;
para adornar tu frente,
embriagado de amor... ¡pobre demente!
toda mi sangre con placer vertia.
Mas... ¡ay! su sombra es esa...
No te ocultes de mí... no: yo te veo,
¡en tu pecho mi escudo retratado!—
¡Oh! ¡la banda infernal de la condesa!
—Pero ¿dónde se fué? ¡Se ha disipado!
¡Si soñando estaria!
¡Aprension de la mente... devaneo!
Soñando estaba la cabeza mia.
(*Se deja caer sobre un sillon.*)

## ESCENA VII.

***El* CONDE ; *la* CONDESA, *que pálida y enlutada, se acerca pausadamente con marcadas señales de abatimiento y de tristeza.***

CONDES. Señor conde.

CONDE. (*Reponiéndose.*) ¿Sois vos? Venid, señora:
¿por qué esa turbacion? En mi presencia
no os he visto jamás tan demudada;
pero está en vuestra frente seductora
cual siempre retratada...

CONDES. Acabad por favor...

CONDE. Vuestra conciencia.

CONDES. Mi conciencia, Fernan; sí, yo lo admito;
y siempre como el sol radiante y pura
(con orgullo, señor, os lo repito,)
ninguna mancha la oscurece impura.
Valiente os conocí; por caballero,
por noble y por bizarro os aclamaban,
y aplausos conquistaba vuestro acero,
que en mi pecho amoroso resonaban.
Vos pedisteis mi mano,
y ante el altar juré ser vuestra esposa:
la fe que os prometí no ha sido en vano,
que siempre á vuestro lado fuí dichosa.
Salisteis del castillo, y vuestro acento
amor, y solo amor tierno decia,
y mi acento tambien, Fernan, doliente,
amor y solo amor os repetia:
y en mi frente mirabais el tormento,
y el tormento miraba en vuestra frente.
Volvisteis á mi lado desdeñoso:
mis brazos os tendia,
y vos los rechazasteis enojoso
cuando menos mi amor lo presumia,
cuando muy mas amante os esperaba;
desde entonces... apenas me hais hablado;
pero siempre cruel, vuestra sonrisa
el triste corazon me ha devorado.
Ya el continuo gemir me desvanece,
sufrir no puedo mas, Dios es testigo:
tened piedad de vuestra pobre esposa,
matadme si quereis, y yo os bendigo.

CONDE. Bien, señora, muy bien: vos lo habeis dicho,
es verdad, es verdad; yo os adoraba;
tambien os conocí pura, inocente,
cuando justa la córte os admiraba.
Tesoro de virtud y de terneza
con afan anhelé ser vuestro esposo;
la fe que os prometí no os ha faltado,
que tambien como vos era dichoso.
Sagrado mi deber, me llamó al campo
al eco de la guerra y la victoria;
y el cielo me dió en él, con sangre tintos,
laureles para vos, para mí, gloria.
Al volver al castillo, oid, condesa;
la flor que aquí dejé, marchita estaba
y fatídico aroma me ofrecia,
que veneno en mi sangre derramaba.
Esa flor erais vos, blanca paloma
que lleva airado el huracan que zumba,
flor que despide su infestado aroma
sobre el espacio mismo de su tumba.
¡Oh! sí, sí: lo será, no lo dudeis;
en su recinto lúgubre ocultado
mi baldon quedará; me conoceis,
es el conde Fernan de honor dechado.

CONDES. ¡El aroma! ¡La flor! Mentís, Fernando,
me habeis estremecido:
y si me veis á mi pesar llorando,
es que siento en el pecho enardecido
un fuego que me abrasa lentamente,
que me está las entrañas devorando
como negro volcan de lava ardiente.
Yo no quiero piedad; de mi conciencia
solo puede ser juez el alto cielo:
en su libro está escrita mi inocencia;
al juicio de ese Dios que nos ve, apelo.

CONDE. ¡Al juicio de ese Dios! le profanais
invocando su nombre el labio impuro.
¿En su brazo, insensata, confiais?
Pero no os salvará, que yo os lo juro.
No habrá campo ni lid: de su pujanza
no podrá el fementido hacer alarde,
que mi verdugo romperá su lanza...
Decídselo, señora, que ya es tarde.
—¡Pero no es ilusion! ¡en vuestra mano
vos la prueba llevais de mi deshonra!
Ese anillo fatal, de amor insano,
de perfidia y maldad es prenda horrible.

CONDES. ¡Oh!

CONDE. Sí, pide mi honra
vuestra sangre, venganza,
y yo escucho sonar su voz terrible,
como el eco de dicha y de esperanza.

CONDES. ¡Escuchad! ¡Escuchad!

CONDE. Basta, señora.
CONDES. ¡Piedad!
CONDE. ¡Hola, doncel! en el momento
llevadla á la prision: llegó la hora...

## ESCENA VIII.

*Dichos*; MEN FORTUN, ALVAR *y un criado*; *poco despues* MARÍA.

CONDES. ¡Men Fortun! ¡Men Fortun! ¡Oh! ¡qué tormento!
(*Cae desmayada sobre un sillon*; *Fortun al cogerla ayudado del criado, dice.*)
FORTUN. ¡Lo he cumplido, Leonor, ya soy dichoso!
(*El conde permanece en el dintel de la puerta hasta que sale la condesa*: *Alvar queda solo en la escena, y viéndola salir dice.*)
ALVAR. ¡Se la lleva el doncel! ¡pobre condesa!
luego dicen que Alvar es malicioso;
Men Fortun en privanza y ella presa...
—Mas ¿quién viene?
MARÍA. (*Saliendo.*) Alvar, Alvar.
ALVAR. ¡Oh! ¿qué me mandais, señora?
Pero dejadme llorar:
¡siento en el alma un pesar!...
¡tan jóven, tan seductora!...
MARÍA. ¿Quién dices?
ALVAR. ¿Quién? la condesa.
MARÍA. La condesa, ¿dónde está?
ALVAR. Señora, en la torre presa;
no sabeis lo que me pesa...
sin juicio me siento ya.
MARÍA. ¡Presa Leonor! ¡Cielo santo!
¿en qué te hemos ofendido
para padecer hoy tanto?
¡Oh! piedad, yo te la pido,
bañada en acerbo llanto.
Verdugos... la matarán...
yo quiero verla, abrazarla.
¿Dónde estará el capitan?
Él, calmando nuestro afan,
tan solo puede salvarla.
ALVAR. ¡Escelente pensamiento!
Su valor á todo escede.
—Voy á buscarle al momento;
pero él llega...

## ESCENA IX.

*Dichos, el* CAPITAN MENDOZA.

CAPITAN. ¿Qué sucede?
MARÍA. ¡Mendoza!...
CAPITAN. ¿Qué sentimiento
anubla tu faz, María?
Acaba por compasion.
MARÍA. Capitan, lo que temia...
presa está la prima mia;
ha triunfado la traicion.
CAPITAN. Cobarde traicion á fe,
que ya es fuerza descubrir,
y que yo descubriré,
ó en la empresa moriré;
que imposible es resistir
de la virtud al clamor,
cuando en el pecho se siente
la gratitud, el valor.
ALVAR. Sois siempre el mismo, señor,
agradecido y valiente.
MARÍA. Pero ¿no habeis meditado
que no hay tiempo que perder?
El conde á todo arrestado...
ALVAR. En efecto: bien pensado.
CAPITAN. Pero ¿qué medio oponer?...
MARÍA. ¿Y vos no le discurrís?
La condesa de afliccion
tal vez muera en la prision...
¿De qué luego la servís?
CAPITAN. María, teneis razon.
Es un rapto de locura
el furor que el conde siente:
y aunque siempre mi bravura
su voz acató obediente
con entusiasmo y fe pura,
hoy me late el corazon
y no le obedecerá;
cuando vuelva á la razon,
tal vez mi resolucion
justamente alabará.
Yo les diré que está loco:
alzaré la gente mia,
y por salvarla, María,
os juro que tendré en poco
del conde la saña impía.
ALVAR. ¡Oh! bien dicho, capitan.
MARÍA. Id: vuestro premio es mi amor.
ALVAR. (*A María.*) Ya se acabó vuestro afan.
CAPITAN. Sí, se acabó: ¡voto á san...
para esto se hizo el valor!
(*Al salir el capitan, aparece el conde en la puerta de fondo, y con los brazos cruzados le mira de hito en hito.*)

## ESCENA X.

*Dichos, el* CONDE.

CAPITAN. ¡Él conde!
CONDE. ¿Qué os altera?
—Despejad... (*Vanse Alvar y María.*)
CAPITAN. Señor...
CONDE. ¡Oh! callad, cobarde:
la mirada altanera
no en mi vista villano levanteis
de impotente valor haciendo alarde,
ó polvo entre mis brazos hoy sereis.
CAPITAN. ¡Cobárde me llamais! á tanta mengua
de un hidalgo el acero audaz responde:
enfrenad vuestra lengua,
y ved que es mucho lo que ofende el conde.
Mi jefe, mi caudillo, yo os venero,
y siempre vuestra voz fiel he acatado:
pero antes que soldado,
el capitan Mendoza es caballero.
Cuando escucha gemir á la inocencia,
se lanza en el combate, no repara:
ni le arredra, señor, vuestra presencia,
ni el mismo Alfonso Onceno le arredrara.
Frente á frente los dos, no hay jerarquia,
iguales son para la lid los nombres:
no se miden los hombres
por blason mas ó menos de hidalguia.
CONDE. Menguado, ¡vive Dios! ¡baja la frente!
Tu señor es el conde: en sus pisadas
sepulta delincuente
ese fuego infernal de tus miradas.
CAPITAN. ¡El conde mi señor! ¡Habeis mentido!
Con mi brazo y la ayuda de mi gente,
como hidalgo y no mas os he servido.
—¡Pero vos me insultais! Cobarde esclavo
el solar de Mendoza no mantiene:
ya no hay entre los dos tregua posible,
y el escudo del conde manchas tiene.

El cobarde sois vos, mal caballero:
las manchas, vuestra infame cobardía;
cruzad conmigo el rutilante acero,
y pedazos le hará la espada mia.

CONDE. ¡Yo bajarme hasta ti! ¡nuestros aceros
soñaste en tu locura ver cruzados!
El conde te desprecia.—¡Sus, guerreros!
Matad á ese traidor.

### ESCENA XI.

*Dichos, algunos soldados del* CONDE.

CAPITAN. (*Presentándoles el pecho.*) ¡Herid, soldados!
(*Los soldados retroceden al conocer al capitan.*)
(*Al conde.*)—Ya lo veis, ya lo veis: yo su caudillo,
cien veces los conduje á la victoria.—
Bien, soldados, muy bien. (*Al conde.*) Este castillo
el sepulcro será de vuestra gloria.

CONDE. ¡Villanos! ¡le seguis!—Lidia conmigo,
sin tregua ni traicion; he de vencerte.

CAPITAN. En el campo, Fernan.

CONDE. ¿Tu gloria es esa?

CAPITAN. Para lidiar contigo,
la banda elevaré de la condesa.

CONDE. ¡Su banda tu pendon! ¡Oh! ¡esto es la muerte!
(*El capitan Mendoza, que se habrá arrancado la banda del pecho, saldrá con ella en la mano seguido de los soldados.*)

CAE EL TELON.

---

## ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon del castillo, con dos balcones en el fondo.

### ESCENA I.

MARÍA, ALVAR.

MARÍA. Y bien, ¿Mendoza?...

ALVAR. Le vi,
señora: la carta vuestra
leyó con una mirada,
y me dijo:—«Que no tema:
al momento que la noche
la luz del sol oscurezca,
yo en el castillo entraré,
aunque allí la vida pierda.»

MARÍA. Y no faltará, ¿no es cierto?

ALVAR. Señora, tened la lengua,
que ofendeis al capitan
dudando de esa manera.
De que vendrá estoy seguro,
sin que nada le detenga,
que por cumplir su palabra,
su sangre toda vertiera.

MARÍA. Lo sé, lo sé, buen Alvar.

ALVAR. Comprendo las ansias vuestras;
pero nunca os apureis
mientras Mendoza os proteja.

MARÍA. ¿Y de Fortun?...

ALVAR. ¡Oh! me dijo
con una furia siniestra:
«Es preciso que su sangre
furiosos mis perros beban!»

MARÍA. Baja la voz, te lo ruego;
hasta las sombras me arredran.

ALVAR. Teneis razon, no nos oiga,
y conjure la tormenta
que en derredor de su frente
las negras alas despliega.
Mas decidme, señorita,
y el conde ¿cómo se encuentra?

MARÍA. No podemos comprenderle;
trastornada la cabeza,
desque salió el capitan
á sus delirios se entrega.
Mandó la prision abrir
de la afligida condesa,
y unas veces loco amante
entre sus brazos la estrecha;
otras veces la rechaza
y jura que la detesta,
y otra vez la llama ansioso,
y otra vez vuelve á ofenderla.
Solo Fortun con él tiene
siempre la misma influencia.

ALVAR. ¿Y no procura evitar
que el señor conde la vea?

MARÍA. No puede, no; que del conde
el delirio se apodera,
y entonces pide anhelante
la vision de la inocencia,
y su furor no se calma
hasta que ve á la condesa.

ALVAR. ¡Dios que todo lo dispone!...
El diablo entonces no impera
del buen señor en la mente,
y por eso el ángel reina.
Aunque el conde tanto sufre,
bendito el delirio sea;
que á no ser por eso, acaso
en su prision la condesa,
entre suspiros y llanto,
loca de pesar muriera.
No sufriéramos así
si de mí caso se hiciera;
siempre de él recelos tuve:
¡maldiga Dios su conciencia!

MARÍA. Él, que ve nuestros dolores,
tendrá piedad.—Mas ¿quién llega?

ALVAR. Consoladla, señorita;
ved que viene la condesa. (*Vase.*)

### ESCENA II.

*La* CONDESA, MARÍA.

MARÍA. ¡Dios mio! su mirada
penetra el corazon, la sangre hiela.

CONDES. (*Sin reparar en María.*)
¡Siempre de luto y de dolor cercada,
esta mansion para el placer creada,
donde el genio del mal sangriento vuela!

MARÍA. ¡Desgraciada Leonor!

CONDES. ¡Oh! prima mia...

MARÍA. Procura descansar; y la honda pena,
el continuo gemir, esa agonía
no aumentes con tu llanto dolorido;
que tal vez pronto brillará serena
la mansion que el dolor ha ennegrecido.

CONDES. ¡Oh! ¿qué dices? ¿podrá mi desventura
tener fin algun dia? ¡No lo creas!
A mi eterno dolor y mi amargura,
tributo eterno pagarán mis ojos:
¡nunca blanco infeliz del hado seas!
¡nunca sientas, María, sus enojos!
Dichosa mi existencia, tú lo sabes,
un fantástico sueño parecia,
do placeres sin fin, puros gozaba,
y todo á mi ventura sonreia.

En mal hora el doncel...—¡Oh! me enloquece
su recuerdo no mas: calumnia horrible
de sus labios brotó: su pecho impuro
en vengar mi desden fué bien terrible.
—¿Y sabes lo que sufro? Yo le veo
al conde fascinar con su mirada.
¡Oh! ¿Quién me librará de sus furores?

MARÍA. Acaso pronto quedarás vengada.

CONDES. ¡Vengada! ¿Será cierto?—No, María;
tú calmarme procuras, mas en vano.

MARÍA. Escucha por favor. ¿Ves mi alegría?
Es que un ángel nos tiende ya su mano.
A Mendoza escribí: su fuerte acero
del vil nos librará, que ardiendo en ira
cuando mi carta vió, buen caballero,
juró venir aquí. ¿Por qué suspira
tu triste corazon? ¿De su pujanza
dudarás un instante?

CONDES. No, que venga.
Dios le premie su afan.

MARÍA. Ten esperanza.

CONDES. ¡Esperanza! ¿de qué?—¡Que se detenga!
¡Que no llegue hasta aquí! Su noble vida
pudiera peligrar; solo, sin gente,
mañana lloraremos su venida.

MARÍA. ¡Oh! no temas, Leonor; que se presente.
Las puertas le abrirán; está ganado
del conde el adalid; yo que lo adoro,
ni un instante en llamarle he vacilado;
no peligra su vida, deja el lloro.

CONDES. ¡Es verdad! ¡es verdad! ¡Oh! prima mia,
¿con qué podré pagar tanto desvelo?

MARÍA. Con tu amor nada mas.

CONDES. ¡Tú en alegría
al fin vas á trocar mi amargo duelo!

MARÍA. No te agites por Dios, Leonor, espera.
A ver al adalid otra vez voy.

CONDES. Toda mi sangre por tu dicha diera.

MARÍA. Si dichosa eres tú, dichosa soy. (*Vase.*)

## ESCENA III.

*La* CONDESA.

¡Mujer angelical! ¡cuánto la debo!
Incesante en el bien, mi bien procura.
(*Despues de un momento de pausa dice.*)
Al conde quiero ver, y no me atrevo,
aunque verle y amarle es mi ventura.
Con mi vista se aumenta su martirio
si en calma la razon pensar le deja:
solo quiere escucharme en el delirio,
cuando el genio del mal tiembla y se aleja.
¡Amarle y anhelar su desvario,
y la fiebre mortal que le devora!
¡Oh! ten piedad de mi dolor, ¡Dios mio!
Mas ¿quién llega hácia aquí?

## ESCENA IV.

*La* CONDESA, MEN FORTUN.

FORTUN. Soy yo, señora.

CONDES. ¡Fortun! ¡mi desconsuelo
no os mueve á compasion! ¿Quereis que apure
la copa del pesar? ¿Quereis que el duelo
no abandone mis ojos un instante?
¿que eterno mi dolor por siempre dure,
y que agote mi espíritu anhelante?
¡Incansable sereis!
los ojos levantad, y estos salones
donde el fausto brillaba, los vereis
en mansion convertidos de tormento,
do el eco de las tristes oraciones
solo murmura misterioso el viento.
¡Piedad, piedad os pido
del conde que os amó, no de mi llanto!

FORTUN. Es en vano gemir, lo he decidido,
y tambien como vos, condesa, os juro
que sufro sin cesar.

CONDES. ¡Oh! ¡me da espanto!
Vuestros labios sellad; de fuego impuro
los ojos abrasados,
me ofenden con su luz que el crímen dora,
al fijarse en los mios apagados.
Salid de mi presencia, yo os lo ruego.

FORTUN. ¡Que os deje me rogais! Vedlo, señora;
brotan mis ojos de mi pecho el fuego.
Os amo, lo sabeis,
con ardiente pasion: nada en el mundo
me hará retroceder, me conoceis:
calmad con vuestro amor la pena mia,
porque de ese pesar hondo, profundo,
al fin solo hallareis la tumba fria.
Pero allí os amaré, sí: no os asombre;
mientras lata mi pecho enardecido,
repetirá constante vuestro nombre,
y una ofrenda os será cada latido.

CONDES. Ofrenda de venganza
y de crimen no mas tu ofrenda sea;
ya no temo tus iras: mi esperanza
con tu maldad se acrece; ruegos vanos
al tigre no contienen, que desea
su perfidia saciar.

FORTUN. Solo en mis manos
vuestra dicha teneis.

CONDES. Te engañas, Men Fortun.

FORTUN. Decid; ¿en dónde
consuelo á vuestro mal encontrareis?
Un pobre delirante, que ni es fuerte
ni resiste á mi voz; ese es el conde.
—O me dais vuestro amor, ú os doy la muerte.

CONDES. ¡La muerte! No.

FORTUN. Callad.

CONDES. ¡Oh! yo enloquezco:
Me espanta ese puñal.

FORTUN. Decid, señora;
¿me negais vuestro amor?

CONDES. Sí, ¡os aborrezco!

FORTUN. ¡Pues al cielo rogad!

## ESCENA V.

*Dichos; el* CONDE, *que pálido, desencajado, con todos los ademanes de una exaltacion mental, entra en la escena cuando* FORTUN *va á herir á la* CONDESA.

CONDE. Fortun... ¿Quién llora?

CONDES. Fernan Nuñez... ¡Piedad!

CONDE. ¿Qué es lo que haceis?

CONDES. Señor...

FORTUN. (*Ap.*) ¡Perdido soy!

CONDE. ¡Siempre lágrimas! ¡siempre! No lloreis...
¡Dicen que loco estoy!...

CONDES. ¡Libradme de ese hombre!

FORTUN. (*Ap. á la condesa.*) Sed prudente.

CONDES. Me estremece su voz...

CONDE. Y ¿qué te dice?
¡Ja, ja, ja! nada temas; te protejo...
Contigo soy felice.
¿No lo ves? ¿no lo ves? Ya no te dejo.
Desgraciado de aquel...

FORTUN. (*Ap.*) ¡Pobre demente!

CONDE. Me han dicho que me engaña; ¡desvarío!
Pero ¿quien eres tú? yo no recuerdo...
CONDES. Tu esposa, tu Leonor.
CONDE. ¡Oh! ¡tengo frio!
No te alejes de mí... Sí: ya me acuerdo:
á tí se parecia...
¡No separes de mí tus ojos bellos!
Los de la hermosa mia,
son lo mismo. ¿Es verdad? ¡sí, sí; son ellos!
¡Oh! ¡tienen un encanto!
¡Que yo escuche tu acento!
¿Tú me adoras?
CONDES. Sí, mucho.
CONDE. ¡Gozo tanto!
—¿Ves qué bella, doncel?
FORTUN. (*Ap.*) ¡Oh! ¡qué tormento!
CONDE. Abrid esos balcones; que mi gente
al ver su gallardía
se postre reverente.
Es la luz de su conde, á su presencia
renazca la alegría,
que es la hermosa vision de la inocencia.
CONDES. ¡Inocente!... ¿es verdad, esposo mio?
Vuelva á tu pecho la perdida calma.
(*Al doncel.*) Él me adora. ¿Lo ves? Te desafio.
CONDE. En tus brazos no mas descansa el alma.
FORTUN. ¡Conde!
CONDE. Fortun... ¿me llamas?
FORTUN. Su crímen recordad...
CONDE. (*Aterrado.*) ¡Crímen dijiste!
Sí, la banda... su amor... ¡Oh! tú lo viste.—
(*A la condesa.*) Aléjate de aquí... mi pecho inflamas.
CONDES. (*A Fortun.*) Malvado...—¡Conde!... ¡Conde!...
FORTUN. (*Ap.*) ¡Te perdiste!
¡al fin pude triunfar!
CONDE. Salid, condesa;
y decid al cobarde
que pronto á mi corcel largaré bridas:
que en el campo me aguarde,
do el alma me dará por cien heridas.
CONDES. No me apartes de tí, Fernan; espera.
CONDE. (*Con enojo.*) ¿Quién abrió su prision?
CONDES. (*Al doncel.*) ¡Oh! ¡te detesto!
CONDE. Salid de mi presencia, ya es bastante...
Señora, salid presto.
CONDES. ¡Me abandona el Señor!
CONDE. Doncel, ¡que muera!
FORTUN. Meditadlo, condesa, un solo instante.

## ESCENA VI.

*Dichos, menos la* CONDESA.

(*Despues de un momento de pausa, el conde se arroja sobre un sillon y dice.*)

CONDE. ¿Qué ha pasado, Fortun? ¡Ay! yo me siento
con el atroz cansancio que me abruma.
FORTUN. Con ese abatimiento
de vuestros males acreceis la suma.
CONDE. ¿Quién la trajo hasta aquí? Saberlo quiero.
Pero no me lo digas: yo he soñado
con tan grata vision, que el sueño espero.
¡Oh! quisiera soñar, porque he gozado.
FORTUN. (*Ap.*) Nunca así le escuché; su amor podria...
CONDE. ¿Qué murmuras?
FORTUN. No es nada.
CONDE. Con sus ojos divinos, parecia
fantástica creacion de luz cercada.
FORTUN. ¡Y con esa vision que os enajena
vuestro honor olvidais!
¡Con el alma de encanto y placer llena,
ya nada deseais!
CONDE. ¡Oh! sí: pronto, mi lanza,
mi corcel de batalla y mi armadura:
yo anhelo la venganza;
necesito beber su sangre impura.
FORTUN. El castillo cercado
por sus gentes está; quizá mañana...
CONDE. ¡Y se atreve el menguado!
Mas no lo alcanzará, esperanza vana;
que al rudo golpe del acero mio,
á mis piés rodará cadáver frio.
FORTUN. Eso cumple, señor, á un caballero;
el mundo admirará vuestra grandeza.
CONDE. Que admire el mundo quiero
de mi pecho la eterna fortaleza.
Mi gente prevenida,
que me siga al momento: mi venganza
el mundo alabará pronto cumplida
al rudo empuje de mi fuerte lanza. (*Vase.*)

## ESCENA VII.

FORTUN, *solo. A poco* MARÍA.

FORTUN. ¡A morir, insensato, á morir vuela!
—Ya en medio tu delirio la acaricias,
la estrechas en tus brazos y la llamas
vision de la inocencia y tus delicias.
Temor jamás sentido
por mi pecho cruzó; tu labio amante
hirióme el corazon enardecido,
y tu muerte labró en aquel instante.
Pero... no sé qué hacer.—Si le venciera,
si osado el capitan aquí llegara,
si los tercios del conde deshiciera,
si entrara en el castillo...—¡Temo mucho!
Me tiembla el corazon. ¡Loco y sin tino
con duda tan mortal... cobarde lucho,
que es fatal mi destino!—
Mas.. ¡Oh Dios! ¡otro crímen!... si: que muera:
veneno abrasador que apure quiero;
su copa tengo aquí... (*La coge.*) Menguado fuera
retrocediendo al fin de mi sendero.
(*María aparece en una de las puertas laterales, y al ver á Fortun se detiene.*)
Morirá, morirá, y abandonada
entonces á mi amor, huiré con ella,
y en region apartada,
conmigo á solas estará mas bella.—
Veloz mi pensamiento
un mundo de placer audaz recorre.
Es forzoso que muera en el momento.
(*Arroja unos polvos en la copa.*)
MARÍA. ¡Oh!
(*Fortun dirige en torno la vista espantado y dice.*)
FORTUN. ¡Cielos! ¿qué sonó?
(*Al mismo tiempo María se oculta y en la puerta contraria aparece el conde, pálido, con el pelo descompuesto, demostrando en todos sus ademanes el delirio que le atormenta.*)

## ESCENA VIII.

MEN FORTUN, *el* CONDE.

CONDE. ¿Quién me socorre?
Men Fortun... ¿eres tú?
FORTUN. Señor, yo soy.
CONDE. ¿No sientes mi temblor? Dame la mano.
Ignoro donde estoy...
FORTUN. A mi lado, venid.
CONDE. ¡Esfuerzo vano!

FORTUN. Nô os entiendo, señor.
CONDE. (*Aterrado.*) Do quier le veo,
fantasma misterioso que me espanta.
Cuando oprimirle entre mis manos creo,
de entre mis propias manos se levanta;
y el fuego de sus ojos me enloquece,
y mi tormento y mi delirio crece.
La fuerza de esa sombra me atosiga,
que rayos son las armas con que lucha,
que atraviesan mi peto y mi loriga.
FORTUN. Ilusion nada mas.
CONDE. Doncel, escucha.
Detrás de ese fantasma, en mi presencia,
cercada de halagüeños resplandores,
contemplé á la vision de la inocencia
adornada la sien con blancas flores:
y el fantasma se fué... Solo con ella
del mundo y de mis penas olvidado,
con la luz de su rostro pura y bella,
un instante de dicha he disfrutado.
—¡Si tú la hubieras visto!—Era su acento
el celestial contento
de un arpa sacudida:
el eco blando que murmura el viento,
al dar al prado el sol su luz querida.
Y su rostro era hermoso, y su mirada
en torno desprendia
un vago resplandor que se perdia
en medio de la atmósfera encantada.
Mis brazos estendia
para tocar su manto refulgente:
mi labio la nombraba;
cuando sentí en mi frente
una flor que su mano me arrojaba.
La cogí tembloroso,
y en medio de su cáliz de pureza,
un gusano asqueroso
ví moverse, Fortun, con ligereza;
y al suelo la arrojé, porque abrasaba,
y mi mano quemaba
aquella flor, tesoro de belleza.
Los ojos levanté... cuando ligera
la divina vision desparecia
blancas alas tendiendo en la ancha esfera.—
¡Yo, loco, la llamaba!
que en medio de una nube otra vez via
que la sombra infernal se me acercaba:
por eso huyendo aquí favor pedia.
—¿Comprendes mi dolor? Su rostro puro
tan solo quiero ver.
FORTUN. Sí, le vereis.
CONDE. ¿No me engañas, doncel? pues yo te juro...
FORTUN. (*Ap.*) Maldicion.
CONDE. ¿Qué, Fortun?
FORTUN. Que descanseis.
CONDE. Bien quisiera, doncel. Mas ¡ay! no puedo:
pronto mi vida llegará á su ocaso,
que ya todo me espanta, tengo miedo.
FORTUN. ¿Os sentis con calor?
CONDE. Sí, yo me abraso.
FORTUN. Pues la copa apurad.
CONDE. Dame al momento.
FORTUN. Siempre bebiendo vuestro afan calmais,
calmando de la sangre el ardimiento:
bebed, y reposad.
(*El conde coge la copa con avidez, pero cuando se la acerca á los labios, entra María precipitadamente.*)

## ESCENA IX.

*Dichos*, MARÍA.

MARÍA. ¡Oh! no bebais.
¡Mortal veneno vuestra copa encierra!
CONDE (*Como volviendo de un letargo.*)
¡Mi copa envenenada!
(*Fortun, aturdido, demostrará en la vaguedad de sus ojos la inquietudde su alma.*)
FORTUN. ¿Quién se atreve?...
MARÍA. Yo lo he visto, señor.
CONDE. (*Mirando de hito en hito á Fortun.*)
¡Oh! ¿qué te aterra?
¡Pavor en tu mirada!
FORTUN. Señor...
CONDE. (*Presentándole la copa.*) Bebe.
Es mi copa, Fortun... ¿Por qué no aciertas
á afrontar tu pupila con la mia?
¿Por qué de fuego abrasador cubiertas
tus mejillas están?
FORTUN. (*Ap.*) ¡Oh! ¡suerte impía!
CONDE. ¡Asesino cobarde!...
FORTUN. Señor conde...
CONDE. Insegura tu planta el temblor mueve;
mas, ¿dó la llevarás, villano, adónde?
FORTUN. La calumnia, señor...
MARÍA. Mentis...
FORTUN. (*Ap.*) ¡Oh!
CONDE. Bebe...
FORTUN. Sí, la quiero apurar; dádmela pronto;
mi vida es una carga que me abruma,
que no puedo sufrir... Dádmela, conde,
dejad que en vuestra copa la consuma.
—Mas, no tengo valor... (*A María.*) ¡Maldita seas!
MARÍA. (*Al conde.*) ¡Protegedme, señor!...
CONDE. ¡Atrás, menguado!
¿no te espanta tu crímen?
FORTUN. (*Fuera de sí.*) No, la adoro;
estrechar á tu esposa yo he jurado,
y al fin la estrecharé.
CONDE. ¡Con que tú fuiste!
—¡Me pasma tu osadia!
—¿Y de la esposa mia,
el nombre mancillar, cómo pudiste?
—Pero ya me lo has dicho; tú la amabas,
y añadir al ultraje el crímen fiero
en tu pecho de tigre meditabas;
mas perdiste, cobarde, tu sendero.
FORTUN. Te engañas, Fernan Nuñez; tu bravura
en vano invocarás; fuerza te falta
para vencerme á mí.
CONDE. Tu lengua impura
mas mi coraje exalta.
FORTUN. ¿Y qué conseguirás?
CONDE. Saldré á tu encuentro,
y nadie aquí podrá de mi salvarte;
que aunque te oculte del abismo el centro,
en él me arrojaré para matarte.
FORTUN. Acaso con la muerte mi agonía,
que es mi eterno penar, su fin tuviera;
pero la lucha es mia,
y no me detendré ya en mi carrera.
Yo anhelo ese tesoro de hermosura;
mi brazo es el mas fuerte,
que sin armas desprecio tu bravura,
y mi esperanza está, conde, en tu muerte.
—Prepárate á morir, lucha conmigo,
que del sangriento duelo
solo el genio del mal será testigo.
CONDE. ¡Oh! ¡mis armas!

MARÍA. ¡Favor! (*María sale de la escena.*)
FORTUN. ¡Pídele al cielo!
(*Se precipita sobre el conde, que se defiende con trabajo, cuando entra el capitan Mendoza con la espada desnuda y cubierto el rostro con la celada.*)

## ESCENA X.

*Dichos, el* CAPITAN MENDOZA.

CAPITAN. ¡Asesino!...
FORTUN. ¿Quién es? (*Retrocediendo espantado.*)
CAPITAN. Un caballero.
CONDE. ¡Gracias, oh Dios!
FORTUN. ¡Piedad!
CONDE. (*A Mendoza.*) Dadme la espada.
CAPITAN. Con sangre tan menguada
no debeis empañar el limpio acero.
—¡En guardia, vive Dios! Baldon eterno
cubrirá tu sepulcro en vez de flores.
FORTUN. Mientras tenga mi daga, mis amores
conmigo llevaré.
CONDE. ¿Dónde?
FORTUN. Al infierno.
(*Se hiere y cae junto á uno de los balcones; el capitan Mendoza se adelanta, y arrojándole dice.*)
CAPITAN. Al infierno, Fortun, vé á sepultarte:
y que tu audacia loca
se estrelle con tu amor en esa roca,
ya que el alma no pude yo arrancarte.
(*Despues, inclinándose hácia el conde.*)
—Permitidme.
CONDE. Mendoza...
CAPITAN. Sí, yo soy.
CONDE. Levantad, capitan; vuestra hidalguía
premiará mi amistad.
CAPITAN. Premiado estoy
con el ardiente amor de mi María.
—Yo me alcé contra vos, que siempre lidia
por Dios y la virtud mi brazo fuerte:
del doncel la perfidia
ya el cielo castigó con dura muerte.
Inocente érais vos: si vuestra mano
no desdeña estrecharse con la mia,
yo dichoso seré.
CONDE. Buen castellano,
siempre afrontando á la maldad impía,
vuestro amigo seré.—Pero ¿qué veo?
(*Fijándose en la banda.*)
Decidme, capitan... ¿cómo llevais?...
CAPITAN. Esta banda, señor, que aquí mirais...
CONDE. Acabad, por favor, yo lo deseo.
CAPITAN. En venturoso dia
yo la vida salvé de vuestra esposa,
que sola con Alvar triste gemia
de sus fieles monteros apartada,
y hambrienta fiera por su mal furiosa,
su pecho á desgarrar se prevenia.
Mas por mi con afan do quier buscada,
la divisé del monte en la aspereza
y á la fiera tambien; y en el momento,
hendiendo mi venablo el raudo viento,
la arrancó con la vida su fiereza.
Hinqué los acicates á mi overo,
que espumoso y ligero
pareció que mi anhelo conocia;
pues salvando valiente breñas duras,
cuando aun la fiera con furor rugia,
clavó en su corazon las herraduras.
Entonces la condesa bondadosa
desprendiendo la banda de su pecho,
la puso generosa
sobre el pecho que alegre me latia.
Por eso de vencer yo satisfecho,
pendon de la virtud la aclamé un dia.
CONDE. ¡Oh! basta, capitan: con vuestro acento
la ventura volveis
al conde que os odió en fatal momento;
mas que amigo, mi hermano vos sereis.
—Mas, ¡ay! decidme; ¿dónde
á mi esposa veré? Yo en su presencia...
CAPITAN. Miradla, Fernan Nuñez.

## ESCENA XI.

*Dichos,* MARÍA, *la* CONDESA.

CONDES. Señor conde...
CONDE. Angel puro de amor y de inocencia,
ven á mis brazos, ven: la sombra oscura
que turbó mi razon, disipó el cielo:
la atroz perfidia, la calumnia impura,
no tu esposo, causó tu amargo duelo.
CONDES. ¡Oh! cubramos, Fernan, tan triste historia
con el lúgubre velo del olvido;
tu amor es mi existencia: él es mi gloria;
el tiempo que ha pasado, yo he dormido.
CAPITAN. (*A María.*) Tú mi esposa serás, siempre mi amada.
MARÍA. (*Al capitan.*) Tu esposa, capitan: tuya es mi vida.
CONDE. Mi mente enajenada,
entre sombras sin fin, Leonor, perdida
al doncel escuchó: tu ardiente lloro
no supe comprender: loco te amaba,
y do quier encontraba
avaros de mi mágico tesoro.
CONDES. ¿A qué pensarlo mas? Dios que nos mira
y que ve nuestro amor, apagó el llanto;
ya el pecho no suspira,
y ostenta la virtud su rico manto.
CONDE. Es verdad, mi Leonor: su manto hermoso...
—Pero...¿á quién lo debemos?—Ven, María;
abrázame felice con tu esposo,
y aumente tu placer la dicha mia.
—Y tú, bravo caudillo, por empresa
en el potente escudo y los pendones,
que acatan indomables tus legiones,
*La Banda llevarás de la Condesa.*

FIN.

Aprobado por la censura, puede representarse.

# OBRAS PUBLICADAS.

## Série primera.

¡POR UN HERMANO! *comedia en tres actos.*
EL DIAMANTE, *drama en tres actos.*
¡UN SONAMBULO! *pieza en un acto.*
LA BATALLA DE DAMAS, *comedia en tres actos.*
LA CAPA DE JOSÉ, *pieza en un acto.*
LA ESCUELA DE LOS MARIDOS, *comedia en tres actos.*

## Série segunda.

LA PASTORA DE LOS ALPES, *drama en cinco actos.*
EL UNO PARA EL OTRO, *juguete en un acto.*
LA VIDA ES SUEÑO, *comedia en tres jornadas y en verso.*
UN MINUTO MAS TARDE, *pieza en un acto.*
EL GUANTE Y EL ABANICO, *comedia en tres actos.*
LA EDUCACION DE UN CANARIO, *pieza en un acto.*

## Série tercera.

EL SÍ DE LAS NIÑAS, *comedia en tres actos.*
DON LUIS OSORIO, *drama en tres actos y en verso.*
A LA LUZ DE UN FAROL, *pieza en un acto.*
EL AMOR Y EL GRIEGO, *comedia en tres actos.*
LA VILLANA DE LA SAGRA, *comedia en tres actos y en verso.*
EL PREMIO GORDO, *pieza en un acto.*

## Série cuarta.

LOS POBRES DE MADRID, *drama en seis cuadros y un prólogo.*
UN MARIDO DE LANCE, *pieza en un acto.*
¡ES UN ANGEL! *drama en tres actos y en verso.*
TRES ALHAJAS, *pieza en un acto.*
LO CIERTO POR LO DUDOSO, *comedia en tres actos y en verso.*
PAGUESE A LA ORDEN, *pieza en un acto.*

## Série quinta.

EL TODO POR EL TODO, *drama en tres actos y en verso.*
EL MEDICO A PALOS, *comedia en tres actos.*
EL CUELLO DE UNA CAMISA, *comedia en tres actos y en verso.*
LOS JUECES FRANCOS, *drama en cuatro actos.*
MARI-HERNANDEZ LA GALLEGA, *en tres actos y en verso.*
EL CLAVO DE LOS MARIDOS, *pieza en un acto.*

## Série sesta.

EL BESO DE JUDAS, *comedia en tres actos y en verso.*
EN MANGAS DE CAMISA, *pieza en un acto.*
ROBERTO DILLON, *drama en tres actos.*
EL SECRETARIO Y EL COCINERO, *pieza en un acto.*
EL CASADO CASA QUIERE, *comedia en dos actos.*
ESPERANDO EL BOLSILLO, *pieza en un acto.*

## Série séptima.

¡DON TOMAS! *comedia en tres actos y en verso.*
UN DUENDE, *pieza en un acto.*
LA BOLSA Y EL BOLSILLO, *comedia en tres actos.*
LA PRIMER ESCAPATORIA, *comedia en dos actos.*
EL VIEJO Y LA NIÑA, *comedia en tres actos y en verso.*
EL NIÑO PERDIDO, *comedia en un acto.*

## Série octava.

TRABAJAR POR CUENTA AJENA, *en tres actos y en verso.*
LA ÉGIDA DEL BELLO SEXO, *comedia en un acto.*
EL VASO DE AGUA, *comedia en cinco actos.*
UN HUESPED DEL OTRO MUNDO, *en un acto y en verso.*
CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR, *en tres actos.*
LOS AMOS DE MI CASA, *pieza en un acto.*

## Série novena.

LA LAPIDA MORTUORIA, *drama en tres actos.*
EL DIPLOMATICO, *comedia en dos actos.*
RICARDO DARLINGTON, *drama en cuatro actos.*
AMOR DE ANTESALA, *pieza en un acto y en verso.*
EL MEJOR ALCALDE EL REY, *en tres jornadas y en verso.*
A PÍCARO PÍCARO Y MEDIO, *proverbio en un acto.*

## Série décima.

ANGELA, *drama en cinco actos.*
LA CABEZA DE MARTIN, *pieza en un acto.*
EL TIO PABLO O LA EDUCACION, *comedia en dos actos.*
LA COMEDIA NUEVA Ó EL CAFÉ, *comedia en dos actos.*
LOS MARIDOS, *comedia en tres actos y en verso.*
CUANDO EL GATO NO TIENE QUE HACER, *pieza en un acto.*

## Série once.

LOS AMANTES DE TERUEL, *drama en cuatro actos y en verso.*
ANDESE USTED CON BROMAS, *juguete cómico en un acto.*
LA HIJA DEL ABOGADO, *comedia en dos actos.*
AMOR, PODER Y PELUCAS, *comedia en tres actos.*
EL ARTE DE CONSPIRAR, *comedia en cinco actos*
UNA APUESTA ORIGINAL, *pieza en un acto.*

## Série doce.

LA ALQUERIA DE BRETAÑA, *drama en cinco actos.*
FUROR PARLAMENTARIO, *comedia en un acto.*
LA BANDA DE LA CONDESA, *drama en tres actos y en verso.*
LUCIA DE LAMMERMOOR, *drama en tres actos.*
LA VILLANA DE VALLECAS, *comedia en cinco actos y en verso.*
ENTRE PRIMAVERA Y OTOÑO, *pieza en un acto.*

Seguirán á estas: Una lágrima y un beso, Marta la piadosa, La mosquita muerta, El trapero de Madrid, En crísis, A secreto agravio secreta venganza, Traidor, inconfeso y mártir, La hermana del carretero, El mudo por compromiso, La niña boba, La planta exótica, y otras de Dumas, Serra, Escrich, Lope de Vega, Hartzenbusch, Ortiz de Pinedo, Scribe, Calderon, Fernandez y Gonzalez, Asquerino, García Gutierrez, Larra, etc.

# ADVERTENCIA.

A fin de facilitar la adquisicion de las obras que han salido á luz, los señores que deseen suscribirse podrán hacerlo recibiendo dos ó mas entregas semanales hasta ponerse al corriente de la publicacion.

SE SUSCRIBE

en las principales librerías del reino, ó remitiendo el importe de algunas entregas en sellos de correos ó libranzas contra la Tesorería de Hacienda pública á los **Sres. Vidal y Compañía**, Gobernador, 14, Barcelona.

Impr. de Narciso Ramirez.